

ALFREDO SALDAÑA SAGREDO, *La huella en el margen. Literatura y pensamiento crítico*, Zaragoza, Mira Editores, 2013, 292 págs.

LA FUNCIÓN CRÍTICA DE LA CRÍTICA

En un contexto como el actual de *sociedad de mercado* o *sociedad del espectáculo*, la tendencia de los discursos críticos conduce demasiado a una inercia redundante, plana. La autodenominada *crítica literaria*, sometida a la presión mediática y la aceleración de los ritmos informativos, ha asumido su condición publicitaria como una parte constitutiva de su labor hasta tal punto que resulta costoso distinguir con demasiada frecuencia entre la *crítica* y la *propaganda*. Por otra parte, en un período de crisis socioeconómica y política estas inercias se intensifican y sus limitaciones resultan por momentos todavía más evidentes.

1.

Alfredo Saldaña Sagredo hace arrancar su ensayo *La huella en el margen. Literatura y pensamiento crítico* desde un énfasis en una reivindicación cultural (y vital) urgente: que la crítica recupere aquello que la define: su función crítica. Esta reivindicación se sustenta, a su vez, en la premisa de la necesidad del trabajo teórico como energía subyacente en la potencialidad crítica de la crítica. Por eso ya en la primera página de la “Introducción” puede leerse: “Cabría decir que la teoría, en lo que tiene de herramienta con la que activar la crítica, puede transformar el mundo, sentar las bases de una posterior práctica revolucionaria” (p. 13). La teoría es así tomada como un trabajo político, en la medida en que saber y poder se interconectan necesariamente. Ya desde este gesto enunciativo el esfuerzo analítico y comprensivo que incorpora este libro es a la vez un gesto inconformista e incluso polémico.

Por lo demás, el hecho de reconocer como dado un contexto sociohistórico (y también académico) inestable y precario es para Saldaña nada más (y nada menos) que una oportunidad para aprender a detectar los nuevos desafíos culturales y sociales que este tiempo plantea. Este contexto ambiental es concebido entonces en los términos de una “posmodernidad discontinua y heterotópica”, y son justamente estas discontinuidades y fisuras donde el esfuerzo teórico encuentra espacio de maniobra, aire para respirar y salir de la rutina

acomodaticia y paralizante. La primera y más importante consecuencia de esta *Weltanschauung* en clave de espaciamento es así la apertura consecuente del objeto de estudio (el discurso y la institución de la Literatura) que, de hecho, no es visto propiamente como un objeto sino como una práctica cultural que ha de contemplarse en el seno de los procesos y los cambios sociales en curso. *La huella en el margen. Literatura y pensamiento crítico* da con esto un paso al frente epistemológico, académico y político, es decir, se sitúa en un plano de actualidad y de diálogo con los avances más destacados de los estudios literarios y culturales en el ámbito de los debates intelectuales a escala internacional.

Resituar lo literario en la arena de lo social, y hacerlo no tanto en términos temáticos o estilísticos sino como en términos de una práctica cultural, implica una confrontación con la tradición positivista e historicista para afirmar ante todo que “al margen de lo que pueda significar todo texto literario, la literatura es siempre un fenómeno de carácter comunicativo” (p. 40). En términos más amplios y más incisivos, como señala el propio Saldaña, “se trataría, en estas circunstancias, de entender el saber no tanto como una oportunidad para ejercer el poder y el control sino como un ejercicio con el que vamos soltando lastre identitario al tiempo que desenterramos el vasto campo de la alteridad” (p. 26). En otras palabras, este intento de “desenterrar” puede y debe asociarse con una exploración de las raíces, de lo invisibilizado bajo el peso del canon hermenéutico heredado, de manera que aquí se recuerda implícitamente la aseveración de G. Spivak en *¿Pueden hablar los subalternos?*: “el hecho de que el investigador sea incapaz de hacer preguntas radicales forma parte de la trágica narrativa de la atrofia del aprendizaje clásico”. Saldaña se muestra en todo momento consciente de las limitaciones que impone esta incapacidad y de las consecuencias que ha tenido (de cara a la investigación y a la enseñanza de la literatura) esta atrofia trágica de que habla Spivak.

2.

Una provocativa secuencia de la película de Wayne Wang y Paul Auster titulada *Blue in the face* (1995) se titula “Listen” (“Escucha”). Todo el film está montado sobre diálogos entre personajes casi anónimos, que conviven en Brooklyn procurando entenderse, ser comprendidos. Y quizá sea esta perspectiva dialógica, de énfasis en la alteridad y en la escucha, la propuesta teórico-crítica

primordial que articula el recorrido entero de *La huella en el margen*. Precisamente la escucha y la necesidad comunicativa tiene que ver con lo marginado, lo desplazado o desaparecido entre la saturación audiovisual y la hiperestimulación pantallizada de nuestro tiempo. En concreto, la escucha tiene que ver con lo otro, con el lugar pendiente del otro, desde donde podría reformularse la teoría literaria y la práctica social en una época como la contemporánea, donde, como ha señalado D. Wolton, la victoria del siglo XX ha sido tal vez la información pero no la comunicación, o como también ha dicho con otras palabras E. Galeano, la *comunicación* es solamente el monólogo del poder. La huella crítica se asoma entonces a una tierra insegura movediza, en donde, “como un lugar sin suelo en el que posarse, como un país sin territorio, la literatura nos plantea un doble desafío: leer la palabra desterrada y errante, oír la palabra del otro, del extranjero, y ese desafío conlleva, claro, el riesgo de perder nuestra propia identidad” (p. 73).

Una vez desplegado el marco teórico, según el cual la literatura es tomada como forma cultural, y al mismo tiempo “el lugar de la cultura es el lugar de la crítica” (p. 76), el espacio de reflexión gana en extensión y en intensidad de forma que también la lectura del texto escrito sale ganando como forma de avance en la que quien escribe se cruza (*se pone en común*) con quien lee. La operación crítica defendida por Alfredo Saldaña, tal como se venía fraguando cuidadosamente en sus ensayos previos, sitúa el texto y el hecho literario en un espacio atravesado por un doble eje, por un doble corte: por una parte, de entrada, el eje sintagmático de la cadena discursiva y sus cruces con otros entramados lingüísticos, verbales o no; por otra parte, y a la vez, el corte del paradigma que vincula y reinscribe sin cesar nuevas relaciones entre significantes y significados. El primero es el eje del discurso y de la identidad (entendida como discurso orientado idealmente al reconocimiento simbólico). El segundo es más bien el eje del sentido y del silencio (como vacío o espacio libre que hace posible la escucha y la comunicación real). Obviamente, ambos se dan implícita y explícitamente combinados entre sí, en mutua interacción, aunque el procedimiento analítico requiera de un tratamiento por partes o pasos, asumiendo que la distinción es la *conditio sine qua non* para una comprensión efectiva de su diálogo multipolar. El elemento que, en efecto, hace viable ese diálogo de sintagma y paradigma es la dimensión teórica que venía reivindicándose desde el principio, y que ahora (siguiendo el rastro táctico de G. Bachelard) adquiere así el

carácter de herramienta clave para alcanzar la crucial revitalización de la función crítica (de la crítica).

En el plano sintagmático, la literatura es tomada por Saldaña como un entramado lingüístico que no se deja acotar bajo la presión de las fronteras nacionales y/o idiomáticas. Igual que la hibridación o el mestizaje desestabilizan la supuesta unidad o fijación de las normas y códigos lingüísticos, también la práctica y la teoría literaria han de hacerse cargo de su heterogeneidad constitutiva al darse en una sociedad que se globaliza y se transforma en medio de renovados deslizamientos, derivas, contradicciones y contrastes. De Bajtín a Kristeva, los elementos dialógicos e intertextuales han venido reconociéndose como piezas clave a la hora de entender la literatura moderna, y este componente comunicativo de lo literario podría estar extremándose en la era del reciclaje posmoderno, la cultura del sampleo y el hipertexto digital, cuya dimensión estética y pragmática ha sintetizado de forma interdisciplinar N. Bourriaud en *Postproducción* (2004).

De nuevo, la *escucha* se convierte en motor de esta perspectiva explicativa, al ser inscrita en la argumentación en clave de *lectura*. La lectura, en este sentido, es pensada como lugar de alteridad donde la alteridad se deja oír y puede mostrar sus manifestaciones más polimórficas e incluso extraterritoriales o (como Bajtín diría) exotópicas. El siguiente pasaje recoge de manera elocuente esta clave, así como la forma en que esta clave organiza el argumento e incluso la estructura compositiva que da cuerpo entero a *La huella en el margen*: “Leer literatura y reconocerse a través de la lectura en una búsqueda insaciable y permanente, inseguros, encontrando en el lenguaje no tanto un mero signo de instrumentalidad o de belleza como un problema, esto es, la llave que nos permita acceder al abismo de su profundidad, liberados de todo tipo de dogmas y prejuicios y acompañados solo de la incertidumbre; y en ese proceso, hacer del camino no un medio para alcanzar un fin sino un destino y avanzar por él hasta caer exhaustos, sin plantar casa, sin dejar huella, como recomienda la sentencia taoísta, quizás porque la huella y la casa representan la fijación de la movilidad, alejan al viajero del camino y lo convierten en parte de un lugar, residencia y no tránsito” (p. 94).

3.

Pero es sin duda este “abismo de profundidad” del eje paradigmático lo que constituye, en última instancia, el núcleo

magnético de este reciente ensayo de Alfredo Saldaña, así como su reserva inmanente de fuerza creativa y crítica dentro del panorama de los estudios literarios. La indagación en el silencio, el vacío o la luz configura, en este punto, no solamente una aproximación metafórica sino también metonímica a la práctica de la escritura y la lectura, es decir, a la condición dialógica del texto literario como lugar de (des)encuentro, de intercambio pero también de conflicto poético y político.

En esta línea o constelación de cuestiones se reabren dimensiones comprensivas y hermenéuticas a menudo desatendidas o borradas del mapa crítico. Por ejemplo, la pregunta por la luz como precondition de la imagen y la imaginación. Las sugerencias de Bachelard se asumen como guía para reconstruir una filosofía de lo imaginario que pueda aplicarse sin ir más lejos, y de un modo transversal, a las poéticas de Lautréamont, Kafka o Celan. La luz es vista, desde luego, en su alteridad de sombra y quiebra de lo visible, de forma que el reconocimiento o la identificación se vuelven finalmente impracticables, mientras que la desposesión y la experiencia blanchotiana de la muerte o del desastre se reactivan en su potencia dialéctica, regeneradora. Así cabría leer como muestra el *Empedócles* de Hölderlin: “La luz ya sólo pertenece a la mirada moribunda”... La mirada, el aire o la luz (o su falta)... trazan un ámbito de posibilidades sin límite, sin territorio, que justamente por esa razón relanza (dis)continuamente imprevistas e intempestivas formas y sentidos, o por decirlo así, nuevos sentidos de (lo que se entiende por) sentido.

El nietzscheano “Di tu palabra y rómpete” se convoca entonces como lema que designe toda la precariedad de esta tensión dialógica y dialéctica que la lectura implica como una forma de mirada, como movimiento de escucha, como práctica teórica. La intensidad de esta tensión es tal que en algún momento se infiltra incluso en la trama argumentativa de la teoría, dando lugar a un reclamo de la imaginación que difícilmente se sostiene en equilibrio con el cuestionamiento de la imagen que la quiebra de la luz conlleva. La pugna teórico-crítica es llevada a un límite autocrítico, que recurre a la contradicción, como tal vez no podría ser de otra manera, a la hora de contra-decir los supuestos tradicionales de la significación atribuidos al lenguaje lírico. Así se aprecia en una premisa como la siguiente: “la escritura poética no es sino un ejercicio de estilización simbólica de la imaginación formado por contenidos y estructuras igualmente

imaginarias en el que late ese rasgo estético que es la poeticidad”. El movimiento crítico se hace aquí, como mínimo, ambivalente. De un lado, el proceso simbólico se conecta con “contenidos y estructuras” que difícilmente pueden encontrar recompensa en una poeticidad que se vuelve sobre y contra sí misma (como enseñara ya R. Jakobson) y que, de hecho, se activan como poeticidad (como *función poética*) liberando un potencial revolucionario que (siguiendo a Kristeva en *La révolution du langage poétique*) no corresponde tanto al reforzamiento del orden simbólico como al estallido del magma semiótico. De otro lado, simultánea y quizá paradójicamente, la escritura poética es considerada aquí como un espacio convocante, compartido, abierto a la necesidad de una otredad que haga posible la formación y transformación de sentido(s). Así pues, al mismo tiempo la mirada teórica se confronta con su propio margen de visión y hace de esta confrontación un momento crítico, crítico y asimismo poético –no parece desdeñable recordar aquí la labor poética de Saldaña y la intimidad que ha demostrado en el conocimiento y el despliegue de la práctica del poema.

La luz es a la imagen lo que el silencio a la voz: la primera y última señal de su existencia. De ahí que el (no-) lugar de la luz o del silencio en la poética, lejos de un recurso a la mera abstracción estética o al escapismo ideológico, se tome aquí como un elemento táctico de carácter subversivo (p. 133). El foco puede así abrirse a las interconexiones mutuas que entonces ponen en contacto la escritura de Zambrano, la poesía de Valente o de Juarroz, como también podría llevarse el hilo hasta la de Gamoneda o Ullán, o (como el propio Saldaña insinúa) la filosofía de Wittgenstein, los textos inclasificables de Beckett o la anti-música de Cage. La (in)conclusión es declarada así como un *ritornelo* musical, celebrado como un punto suspensivo, o al menos como un punto y seguido, tan en deuda con la incertidumbre como con la interpelación, una vez más, hacia una lectura posible o imposible, pero en todo caso inminente, incesante: “Entender la palabra poética no tanto como un instrumento al servicio de la significación sino como el lugar en el que emerge la propia manifestación y, así, aprehender con ella la realidad en sus inagotables manifestaciones, la multiplicidad de sus incesantes imágenes, aun sabiendo que lo real rebasa siempre el concepto que trata de acotarlo, tales parecen haber sido algunos de los desafíos principales de un pensamiento literario que trata de hacer compatibles la razón discursiva y el fagonazo de la imaginación, que no deja de

reconocerse en todo momento como incompleto, imperfecto, inacabado, en constante trance de transformación” (p. 150).

Este nuevo libro de Alfredo Saldaña, en suma, da un paso al frente en una obra crítica y poética (de crítica poética y de poética crítica) que sigue por suerte “en constante trance de transformación”, y que consigue volver productivo el desconcierto y la incerteza en virtud de su confianza en la escucha y en una otredad siempre a la espera, siempre pendiente de un mundo nuevo, de un nuevo futuro. En el prefacio a su conocido *El mundo, el texto y el crítico* escribía E. Said: “Ejercer la crítica no es ni validar el *statu quo* ni unirse a una casta sacerdotal de acólitos y metafísicos dogmáticos. Todos los ensayos de este libro defienden la relación que existe entre los textos y las realidades existenciales de la vida humana, la política, las sociedades y los acontecimientos. Las realidades del poder y la autoridad [...] son las realidades que hacen posibles los textos, que los ponen en manos de sus lectores, que reclaman la atención de los críticos. Sostengo que son estas realidades las que debería tener en cuenta la crítica y la conciencia crítica”. Son efectivamente estas realidades, incluyendo sus zonas de silencio, sus reversos y sus espectralidades, sus líneas de factura y de fractura, las únicas que pueden seguir dando motivos a la función crítica de la crítica.

ANTONIO MÉNDEZ RUBIO
Universitat de València